

EL RETRATO DE FRANCINE
Camila Winter





Un bosquejo iba cobrando vida, el cuadro iba llenándose de luz y colores vivos, un anciano sostenía a su hijo muerto en una justa, la muchedumbre de caballeros guardaba un respetuoso silencio y una bella dama le miraba con profunda congoja al tiempo que un ángel descendía del cielo y reclamaba esa alma para el paraíso. El anciano de rostro arrugado y enjuto le miraba con una muda expresión de reproche, su hijo estaba muerto ¿qué importaba el paraíso? Y sin inmutarse sujetaba aún la cabeza sangrante de su hijo; un fornido caballero, mientras él ángel vestido como un soldado le miraba retador. “Entregadme esa alma, entregadme el alma del campeador” parecía decirle. Estaba casi terminado pero como el resto de sus retratos no le dejaba del todo satisfecho aunque tal vez estuviera ante sus ojos su mejor creación. Tenía predilección por los cuadros religiosos y escenas del medioevo, era por cierto talentoso y brillante pero no buscaba ser descubierto por un mecenas ni se hubiera atrevido a exhibir sus pinturas ante un gran público, no todavía. No era más que un pintorcillo de Montmartre, necesitaba depurar su técnica, mejorarla, hasta obtener algo realmente brillante.

Y muchas veces sentía deseos de hacer mil pedazos una tela y olvidar todo ese sueño loco de estar allí y pintar, pero sabía que jamás renunciaría a sus sueños y aunque muchas veces sintiera amargura y frustración disfrutaba de su paz y soledad, sin que nadie le dijera lo que debía hacer a cada instante... Era un huérfano solitario y siempre lo había sido, pero lo más triste de ser huérfano era tener tutores que quisieran moldearle y manejarle como uno de esos pobres títeres que hacían reír a los niños.

Contempló nuevamente la tela del ángel y esos otros cuadros a medio cubrir llenos de bosques y criaturas místicas luego los guardó cuidadosamente y salió a dar un paseo por Montmartre.

Así transcurrían los días el joven pintor, encerrado en una pequeña casa cerca de la Basílica de Sacre Coeur, del pintoresco barrio de pintores, rodeado de cafés y bohemios como si hubiera nacido allí, aunque hacía solo un año que alquilaba esa casa y se permitía el capricho de una existencia "bohemia".

Acudía a los cafés, tenía amigos pero sus relaciones no pasaban del mero trato superficial, Philippe Vendome eludía sistemáticamente un trato más profundo pues sabía que luego vendrían preguntas, preguntas de su familia que no querría responder, preguntas de su persona y su inevitable silencio. Hasta el momento había conseguido mantener en secreto su identidad, y no llamar demasiado la atención y eso era bueno porque sus familiares no habían vuelto a importunarle. Al fin habían dejado de enviarle cartas llenas de consejos morales edificantes pidiéndole que fuera sensato y regresara. Y su respuesta era la misma "nunca regresaré tía Sibila" pero no se molestó en plasmarla en una carta y mucho menos se tomó la molestia de comprar matasellos y enviarla.

"¿Y os quedaréis allí, pintando, rodeado de malas compañías, expuesto al peligro de una vida licenciosa? ¿Desperdiciaréis vuestros años de estudio de Dr. en leyes en Paris? ¿Qué bicho os picó Jean Phillippe Vendome? ¿Cómo se os ocurrió hacernos esto? He sufrido tanto que el dolor me ha extenuado. Dejasteis una carrera brillante, a vuestra prometida (aunque esta al parecer fue la que menos sufrió vuestra decisión ya que pronto se casará con el hijo de un banquero) y lo más doloroso: nos abandonasteis, a vuestros tíos que os criamos, que os dimos un hogar..." La lista de reproches era cada vez más larga y penosa. Jean Philippe había dejado de leer esas cartas. ¿Por qué debía dar más explicaciones?

Claro que nunca había estado prometido a Madeleine, sus atenciones cesaron el día que sospechó que ella solo estaba coqueteando y casualmente ahora se confirmaba lo que pensó una vez: ella se casaría con el hijo de un banquero.

La universidad de leyes le había desilusionado, su mente no lograba concentrarse en esos benditos libros interminables y sin embargo allí hizo amistad con un par de jóvenes pintores y juntos planearon la fuga. ¿Por qué



debían estudiar algo que tanto les disgustaba, por qué no podían estudiar arte? Cambiaron inmediatamente la carrera y huyeron a Italia: la cuna del arte y pasaron algunos meses en Florencia. ¡Qué días aquellos! El mundo se había vuelto un lugar maravilloso, lleno de luz y color.

Hasta que llegaron a Montmartre y con él sus sueños de pintar cuadros murales del renacimiento.

La música llegó a sus oídos como un bálsamo y todo el color del crepúsculo, las nubes fucsias apiladas sobre la basílica, apuró el paso mientras se cruzaba con esos viajeros extranjeros y llegaba al barrio latino. Oh, Paris, solo Paris con su universo de artistas y bohemios, con esos burgueses y sus imponentes carruajes formaban un cuadro tan lleno de claroscuros y luces naturales, espontáneas.

De todos los recuerdos de su antigua vida cómoda en el Chateau Vendome de Toulouse no extrañaba nada en absoluto, pues luego de aquel recorrido por Italia, de meses de aventura al fin estaba donde había deseado estar. Se dedicaría a pintar y nadie se atrevería a burlarse ni mencionaría la palabra responsabilidad. Pronto sería dueño de la herencia de sus padres fallecidos y no padecería apremios. Gastaría tranquilamente la fortuna según su parecer y nadie iba a impedirselo.

Se detuvo en un café para conversar con sus amigos reunidos. Era una tarde llena de nubes fucsias y un viento acariciador de finales de verano. Respiró hondo antes de entrar. Allí estaba la dama de la rosa como le llamaba, fingiendo no verle Habían reñido la última vez no recordaba la razón y no había vuelto a verla por Montmartre hasta ese día. Le agradaba su cuerpo voluptuoso, el lunar cerca de sus labios y los brillantes ojos cafés pero era curiosa y obcecada y hacía siempre demasiadas preguntas. Y aunque el deseo se apoderó de él cuando fue a saludarla decidió no insistir en el asunto. Tenía la absurda idea de que terminaría enamorándose de Margot y luego sería un tonto esclavo de sus caprichos.

No, Margot no era una dama para enamorarse así que lo mejor era mantenerla lejos de su habitación.



Jean Pierre le habló y Paul le acercó una silla. Un joven poeta les acompañaba esta vez y un músico de aspecto descuidado. El joven poeta recitaba con voz monótona y todos guardaban un respetuoso silencio. Bebió un vaso del mejor vino y aguardó a que el músico descuidado les deleitara con una melodía en el piano, no lograba concentrarse en la poesía estando la dama de la rosa cerca. Ella no le perdía de vista, ofendida quizás por su indiferencia.

—Oh, no podéis tratar así a Margot. Sois un ingrato con vuestra suerte amigo —le dijo Paul.

Philippe le miró a ambos. —Es una dama casada—dijo.

—Justamente, mis predilectas, pues son cuidadosas y discretas y no quieren casarse con uno. Bueno, ninguna dama sensata se casaría con nosotros a decir verdad pero es penoso cuando una dama se enamora y pierde el juicio y cree que todo puede ser. ¿No os parece amigo mío?

—Oh, Margot es demasiado sensata para enamorarse. Lo que ocurre es que invade mi taller y quiere verlo todo. Me molesta.

—Bueno, debéis acostumbraros a las miradas curiosas o nunca podréis exponer vuestros trabajos —intervino Jean Pierre.

—Y debéis acostumbraros a no dejar ir a damas tan encantadoras —dijo Paul a su vez.

Desde la otra mesa la dama de la rosa le sonrió. Estaba casada con un rico comerciante de Saint Germain pero solía visitar Montmartre con una amiga suya, había sido su amante más de seis meses y últimamente había hecho demasiadas preguntas y al final habían reñido. Sí, era encantadora con ese traje de moda lleno de volados, florcillas y demás, color crema, su sombrero que cubría parte de su frente, alta y despejada. ¿Qué edad tendría? Jamás hablaba demasiado de sí misma pero la imaginaba casada con un hombre mayor y aburridísima en las tertulias de su villa de tres plantas. Pero la dama solía desaparecer por días y hasta meses, pero Philippe era al parecer su juguete predilecto. Intuía en él a un verdadero caballero y cuando supo su



identidad su entusiasmo aumentó. Sí, la dama de la rosa no se hubiera fijado en un pobrete sin orígenes.

Ahora se preguntaba por qué él fingía ignorarla de esa manera. ¿Aún duraba su enojo? ¿Por qué habían reñido? Ella lo había olvidado.

Así que fue a verle a la mañana siguiente pero él no estaba en casa. O fingía dormir.

Philippe apartó su mano de la tela al escuchar un golpe. Casi adivinó que era ella y fue abrir pero algo le ocurrió. No quería más interrupciones, no le dejaría pintar ese día, quedaría exhausto y sin fuerzas, tendido como un muerto en la cama. Debía aprovechar la luz y su inspiración, la calma de la mañana.

Los golpes dejaron de oírse, la dama era demasiado orgullosa para insistir así que debió desistir. ¿Quién sería? Margot o una nueva amiga. No. No era Margot y la incógnita se diluyó con su escaso entusiasmo. Pero como un castigo el día se nubló y cubrió por completo y a medio día llovía torrencialmente.

Frustrado dejó el pincel y aspiró hondo para no perder la calma, sin luz natural no podría pintar. Le había ocurrido otras veces. Observó el cuadro sin terminar pensando que en un futuro se vería bien en algún salón de alguna casa, puesto en un rincón para que nadie se detuviera a ver su mediocridad. Sí, alguna dama se lo compraría, para ayudarle, por lástima o porque simplemente no sabía distinguir un Tintoretto de un Rembrandt o un Rembrandt de un don nadie como él. Y mientras los cuadros rechazados y odiados irían apilándose en un rincón, quizás tuviera alguna ganancia pero él sabía que no necesitaría el dinero sino algo mucho más valioso. Pero ese cuadro demoraría en ser pintado, demoraría en deslumbrarle y dejarle enteramente satisfecho.

Y ese pensamiento le hacía desdichado como tantas otras cosas, pero muy pocas cosas, excepto su familia y su arte conseguían amargarle realmente. Porque el joven Tintoretto como le llamaban sus amigos, vivía



encerrado como una doncella en una jaula de oro, como el gigante egoísta, como un caballero snob que da dinero para hacer caridad pero le horroriza que un mendigo se siente a su mesa y comparta con él una cena fastuosa. El joven pintor también vivía aislado en su pequeño mundo y si hubiera visto esas pobres almas hambrientas recorriendo las calles en busca de algo que la vida no podía ofrecerles, espectadores del gran banquete: carruajes de la opulencia, del despilfarre, riquezas y seguridad, si él les hubiera visto se habría vuelto más comprensivo, habría adquirido los colores para pintar como un artista genial, o habría sido simplemente humano y habría reconocido sus limitaciones artísticas con sabiduría. Pero el joven pintor vivía encerrado en su casita de Montmartre, muy ocupado soñando imposibles para ver que había más allá de su taller de pintura hasta la realidad le despertó, la triste historia de un ser de carne y hueso, aunque no pareciera del todo real...

Así llegó el otoño y un día gris y sombrío, alguien golpeó a su puerta y era la segunda vez que lo hacía, con más decisión que la primera vez (el joven pintor se encontraba ausente en esa ocasión) pues era alguien que necesitaba su ayuda y no podía detenerse siquiera a pensar si sería o no bien recibido.

El joven permanecía ensimismado en su tela tan concentrado que ningún sonido llegaba a sus sentidos, hasta que el tercer golpe le hizo despertar de su trance, y furioso dejó el pincel preguntándose cuál de sus amigos bohemios habían decidido molestarle ese día gris, en el que apenas podía aprovechar un poco de luz. Porque la dama de la rosa había dejado de frecuentar el barrio de pintores hacía tiempo.

Dio cinco largas zancadas, abrió la puerta y se esforzó por dominar su genio, quiso sonreír pero solo se dibujó en su rostro una mueca. La ira contenida se esfumó y fue reemplazada por la sorpresa. Pues allí había una bella y muy joven dama con aire indefenso mirándole expectante.

—Perdón. Temo que se ha equivocado de dirección Mademoiselle. — dijo luego de observar a la recién llegada con creciente admiración.

—¿Pero no vive aquí Monsieur Philippe Vendome?—preguntó ella.



—Sí, soy yo... Pero, ¿quién la envió? En realidad no hago trabajos por encargo pero... —las palabras se oyeron torpes e imprecisas. Observó a la joven damisela como si fuera a retratarla. Era como una musa, un hada de los cuentos con ese vestido color lila y blanco, de estrecho corsé y esos ojos esmeralda tan abiertos y luminosos, el cabello rubio dorado enrulado y espeso. ¿Quién es, qué hacía aquí? Se preguntó atontado. ¿Acaso alguien escuchó el deseo inconfesable de mi corazón solitario y la envió?

—Necesito su ayuda por favor. —dijo el hada y notó que estaba tan turbada como él mismo.

—Mi ayuda, por supuesto —respondió y la joven retrocedió y entonces la vio rodeada de la escasa luz de su taller y pensó “es como una madona de Boticelli es bella y etérea: rostro oval, nariz corta, frente ovalada. Algún necio diría que su belleza estaba pasada de moda pero para él era perfecta y debía retratarla. “La musa perfecta, parece salida de una tela.”

Y volvió a preguntarse ¿quién era esa joven y qué hacía allí en su casa mirándole de esa forma? Había algo urgente y suplicante en su mirada, sus manos se movían nerviosas sujetando una carterilla de esas que usaban las damas para salir a dar un paseo. No llevaba sombrero, sin embargo la elegancia y las joyas de su cuello le hicieron pensar que esa joven pertenecía a una familia pudiente, lo que hacía todo más incongruente.

La voz cristalina y potente se hizo sentir tanto como su presencia: — Perdóneme mi atrevimiento, pero alguien me recomendó que le hiciera una visita. No podía simplemente enviarle una carta pues temí que no me respondiera y necesito que pinte un cuadro.

El joven creyó haber oído mal, y sin embargo la expresión de la joven era seria, y decidida aunque cierto gesto ceñudo en su entrecejo parecían transmitir temor e inseguridad mientras las manos pequeñas se retorcieron una vez más, pero no le miraba a los ojos, no lo hizo más que un instante mientras permanecía inmóvil.



—Temo que está Ud. equivocada Mademoiselle...—se vio obligado a decir, mientras con un gesto la invitaba a pasar y cerraba la puerta con precipitación.

Ella no tenía intención de decir su nombre y aceptó en cambió traspasar el umbral y esperar el veredicto con resignación.

—Lo que quería decirle y por favor, no se ofenda Ud es que no hago retratos por encargo. Sin embargo podría recomendarle un retratista que vive en la Rue Des Saules... — “ tonto de capirote debes hacer el retrato aunque valores tanto tu precioso tiempo.” Se dijo a sí mismo observando a la damisela con ansiedad. “Ella no debe marcharse tan pronto, dile que vas a hacer el retrato de inmediato”, le dijo una voz tirana que solo podía salir de su corazón.

Ella hizo un gesto de contrariedad, miró los retratos a medio pintar y el lugar. ¿Iría a disculparse por su llegada repentina y buscaría la manera de retirarse con la mayor dignidad? La situación seguía siendo extraña y absurda, pues ¿qué hacía esa joven de buena sociedad, sin compañía aparente en la casa de un pintor desconocido, joven y soltero? No era decoroso ni prudente por cierto.

—No necesito que me pintéis Monsieur, no a mí... Pero si realmente sois tan talentoso como me han dicho sé que podréis pintar un retrato de una fotografía y la transformaréis en un gran cuadro, como si él hubiera posado para vos.

Las palabras brotaron como un torbellino, en un arranque de coraje, el mismo que logró que extrajera la mencionada foto de su carterita y se la entregara, convencida de que su pedido era usual y de que el joven pintor aceptaría.

Este tomó la fotografía en tonos marrones y blancos. A simple vista se veía a un joven vestido con un reluciente uniforme militar como tantas otras criaturas uniformadas de este mundo: uniforme de criadas, de ricos burgueses, artistas sin un céntimo, prostitutas, todos vestían igual para que nadie dudara de su identidad.

Observó crítico la fotografía, el rostro de ese joven militar no decía gran cosa, era moreno, ojos cafés y mirada sonriente, labios y nariz sin ninguna



particularidad, la frente alta los pómulos donde debían estar... Solo el cabello daba la nota discordante pues lo llevaba levemente largo y en desorden, raro en un militar, pero en conjunto no había nada extraordinario en su estampa. Había visto ciento de jóvenes vestidos de esa forma, con esa sonrisa optimista y seductora. No le resultó familiar el rostro ni el paisaje que lo rodeaba. ¿Sería Paris? Lo dudaba. Alguna ciudad del extranjero seguramente. Al levantar la vista notó el cambio en la joven Venus, estaba sonrosada y resplandeciente como una flor, sus ojos brillaban expectantes en espera de su respuesta, al parecer el joven de la fotografía debía significar mucho para ella.

Philippe hizo algo extraño, devolvió lentamente la fotografía a la joven diciéndole: —Mil perdones pero tengo trabajo que hacer Srta. misteriosa. Conozco una docena de pintores que aceptarían el trabajo encantados. A dos calles de aquí vive un estupendo retratista. Lamento decirle que aunque aceptara el trabajo demoraría mucho en hacerlo y tal vez no fuera de su agrado.

Ella la tomó resignada y sus ojos quedaron fijos en la fotografía. “Oh Dios se echará a llorar y yo querré que la tierra me trague” pensó él con expresión casi dolorosa, atento a todos los movimientos de la bella damisela.

Pero ella no lloró, simplemente guardó la fotografía cuidadosamente en su carterita como si fuera una joya. “Ha de ser un retrato de su enamorado”, pensó de inmediato. Y ese hecho le enfureció aún más, porque había empezado a impacientarse. ¿Por qué de todos los pintores de Montmartre le había escogido a él, quién le había recomendado como un buen pintor? Alguno que deseaba gastarle una broma, Paul seguramente.

